

ha dicho Rafael Pombo, el hombre más digno de juzgar al gran poeta, porque es el que más se le parece, aunque sin imitarlo, ni poderse llamar su discípulo. Tienen de común el subordinar la forma poética al pensamiento que vive y palpita en cada estrofa, en cada verso; el haber tomado mucho, en lo interno y en lo exterior también, de la mina riquísima de la poesía inglesa. Por lo demás, son dos genios soberanos, originales y solos; dos monarcas que imperan en reinos no fronterizos; dos águilas que trazan círculos inmensos en diferentes regiones del mundo de la luz.

«Cuando la crítica va a juzgar a un hombre, investiga si en él predominó el entendimiento o la voluntad. En Caro las dos robustas potencias espirituales marcharon a la par. Por eso, no sólo fue pensador eximio y altísimo poeta, sino también un gran ciudadano y un grande hombre.»

Nuevos colegiales

El sábado, 31 de marzo, a las siete y media de la noche, se cumplió, en el aula máxima del claustro, la recepción de los nuevos colegiales, con la solemnidad tradicional.

Los jóvenes que ganaron, vencedores en concurso como premio a sus merecimientos en años anteriores, la beca y dignidad de colegial, fueron los señores

Don JULIO CESAR GARCIA, B. A. del Departamento de Antioquia, alumno de la Facultad doctoral de Filosofía y Letras y quinto inspector del Colegio;

Don JORGE ENRIQUE DELGADO, B. A. del Departamento de Nariño, alumno de la Facultad de Jurisprudencia y sexto inspector del Colegio;

Don ELADIO GIRALDO, B. A. del Departamento del Tolima, alumno de la Facultad de Jurisprudencia;

Don JOAQUIN FERREIRA, B. A., del Departamento del Tolima, alumno de la Facultad de Jurisprudencia;

Don JORGE RUBIO MARROQUIN, B. A., del Departamento de Cundinamarca, de la Facultad de Jurisprudencia, a quien el Excelentísimo señor Presidente de la República, en su calidad de Patrono, concedió la primer colegiatura efectiva vacante;

Don JOSE JOAQUIN CASTRO, B. A., del Departamento de Boyacá, alumno de la Facultad de Jurisprudencia.

El colegial electo por el Excelentísimo señor Patrono pronunció, en su nombre y en el de sus compañeros, las palabras que van a continuación:

Discurso gratulatorio

La fórmula consagrada por el uso para expresar el agradecimiento es vacía, insubstancial. A fuerza de usarla ya nadie cree en ella; se la mira nada más que como acostumbrada cortesía.

Las obras, hijas del corazón, sí demuestran la gratitud, por eso ante el honor que de vuestras manos recibimos, hoy nosotros llamamos y desafiamos al tiempo a que os borre de nuestra memoria en vuestro carácter de padre bondadoso, ya que como gloria de la patria, en letras de oro guarda la historia vuestro nombre.

Dejando a un lado los sueños juveniles, considerando la vida tal cual es, se nos viene a la memoria aquello de que el hombre es hijo de sus obras y siendo el hombre libre, natural es concluir que la felicidad o la desgracia con nuestras propias manos la construimos.

¡El porvenir es nuestro! han exclamado los jóvenes de todos los lugares y de todos los siglos; este grito revelador de los grandes anhelos del alma, muestra las energías que guarda ese tesoro de la vida que se llama juventud.

¡El porvenir es nuestro! pero para llegar a él el camino es pendiente y es largo.

¿Quién no ha creído tener fuerzas para escalar la cumbre? ¿Quién, al conseguir la realidad de un sueño no ha sentido la atracción de ese desconocido «más allá?»

Pero, ¡ay del que tan sólo en alas de sus sueños se levanta! caerá, y la vida es cruel con los vencidos. Ascendamos a la cumbre pero paso a paso, llevando por alimento la esperanza y por sostén el trabajo.

El estudio es el primer paso que nosotros damos y es quizá el más penoso, porque vemos tan lejano el final de nuestras aspiraciones, tan lejano que se pierde en las nieblas del futuro. Es necesario para seguir adelante la voz del maestro, el aliento de un padre, que levantada la cabeza encanecida nos señale, con su mano que bendice, los espacios infinitos y nos diga: ¡más arriba!

Ese maestro, ese padre lo hemos encontrado. Vos nos habéis señalado el camino y nosotros tratamos de seguirlo.

Hoy, al habernos concedido la dignidad de la colegiatura, nos habéis colocado en un punto desde el cual se ve, sin niebla y en día sereno, el final de la jornada.

Y si en el último día, cuando la vida nos deje, puede alguno con verdad decir, señalando nuestro nombre a las generaciones venideras: «Decid al justo que bien,» entonces nuestras cenizas se estremecerán de júbilo, porque habremos colmado nuestras aspiraciones, habremos correspondido al honor que hoy se nos hace y en fin, habremos realizado las ilusiones forjadas a la sombra del claustro, bajo la dirección de un gran maestro y protegidos por la Reina de los cielos.

Y séame permitido para concluir consagrar un recuerdo a la memoria de un hombre ilustre, cuya san-

gre corre por mis venas, que fue Patrono del Colegio, predecesor vuestro en el rectorado y que dedicó sus mejores años a la educación de la juventud (1). Ya no existe, pero su sombra habrá de bendecirme cuando un ungido de la gloria abrace a un oscuro estudiante (2).

JORGE RUBIO MARROQUIN

HALLAZGO

En días pasados, en la rica biblioteca del canónigo doctor Francisco J. Zaldúa, estudiábamos un códice del siglo XVII, cuyo título es:

*Tractatus
De Mysterio
Yncarnationis
P. R. P.
Andream de la Barra
1686*

Grande fue nuestra sorpresa al encontrar, hacia el fin del manuscrito, el bello soneto que a continuación copiamos, escrito en la letra del mismo pendolista del pergamino:

Cuando, Señor, me acuerdo del infierno
Habiéndolo mis culpas merecido,
El cuerpo tiembla de dolor herido,
Camina la memoria sin gobierno.

No me amedranta el fuego sempiterno,
No el horror de su mal siempre temido:
Sólo, Señor, el ver que te he perdido
Hizo mi llanto y mi dolor eterno.

(1) José Manuel Marroquín.

(2) Se hace alusión a la costumbre que tiene el Rector de abrazar a los colegiales nuevos después de ponerles la medalla en el pecho.

